A. DUMAS (PADRE)

# El conde de Montecristo

Drama en un prólogo y cinco actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

El conde de Montecristo

Este arreglo es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin permiso, reimprimirlo ni representarlo en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.
Reservado el derecho de traducción.
Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ABATE FARIA y EDMUNDO DANTÉS

o

# EL CONDE DE MONTECRISTO

Drama en un prólogo y cinco actos de

ALEJANDRO DUMAS (padre)

Arreglado a la escena española por

JOSE NIETO Y JOSE GUARDIA

—x—

Representado por primera vez en el TEATRO PRINCIPAL de Gracia, (Barcelona) en noviembre de 1903

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1918

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| MERCEDES | Sra. C. Llorente. |
| JULIA MOREL | » C. Gassó. |
| EDMUNDO DANTÉS | Sr. J. Nieto. |
| ABATE FARIA | » J. Guardia. |
| EL CONDE DE MORCEF | » A. Morera. |
| EL BARÓN DANGLARS | » J. Leal. |
| ALBERTO DE MORCEF | » L. Arraut. |
| MAXIMILIANO MOREL | » J. Fages. |
| VILLEFORT | » E. Casals. |
| BERTUCCIO | » L. Millá. |
| BAUTISTA | » V. Roca. |
| EL CARCELERO | » A. Altés. |

Criados, marineros, agentes, caballeros y damas.

# PROLOGO

## Mercedes «La Catalana»

MERCEDES, EDMUNDO, FERNANDO MONDEGO (luego, CONDE DE MORCEF), DANGLARS, MOREL, VILLEFORT, Gendarmes y Marineros.

El teatro representa una de esas casas en que se sirve de comer, a orillas del mar. Patio descubierto. Tapia colocada de parte a parte de escenario entre la tercera y cuarta cajas de bastidores. Fachada de casa, de planta baja y primer piso, colocada a la izquierda del actor, con puerta en primero y segundo términos. La tapia del foro tiene un gran protalón en el centro que deja ver el mar; a la izquierda y medio oculta entre bastidores, una glorieta con mesa o veladorcito y asientos. Esta glorieta estará adornada de enredadera de campanillas o pasionarias. En fin, que respire el gusto y la alegría propias de una casa de esta índole en verano. La glorieta entre la segunda y tercera cajas, tocando casi a la tapia.

## ESCENA PRIMERA

DANGLARS que sale por la izquierda

VOCES (Dentro.) ¡Vivan los novios!
OTRAS ¡A su salud! ¡A su salud!
DANGLARS (Saliendo.) Esto es insufrible; no puedo ver con tranquilidad la ventura de ese hom-

bre. ¡Oh! la fortuna ha fijado sú rueda; y no hay felicidades en el mundo que no derrame sobre él con mano pródiga. Nacido en la miseria, se ha ido elevando por grados: posee la entera confianza del señor Morel, se casa con la mujer que ama, y recibe por regalo de boda el nombramiento de capitán del *Faraón*. ¡Y yo he sido afrentado por él delante de la tripulación, y no he tenido alientos para contestarle! Pero lo que me falta de valor me sobra de resolución para vengarme. ¿Si habrá Fernando conseguido su intento? ¿Habrá entregado la denuncia al procurador del rey? ¡Oh! Aquí está.

## ESCENA II

DANGLARS y FERNANDO, por el foro.

DANGLARS ¡Gracias a Dios! ¿Has visto al procurador del rey?

FERNANDO No; estaba ausente.

DANGLARS De modo que nuestro designio...

FERNANDO Nuestro designio se cumplirá; pero si he de decirte la verdad, Danglars, mi mano temblaba al entregar la denuncia anónima que va a perder a Edmundo.

DANGLARS ¿Estás arrepentido? Hiciste mal en entregarla; debieras haber dejado a Dantés que te robara impunemente la mano y el corazón de tu prima.

FERNANDO Sí, tienes razón. Cuando pienso que después de haber vivido diez años con la segura esperanza de ser esposo de Mercedes, tengo que renunciar a ella, mi cabeza se extravía y sería capaz...

DANGLARS ¿De qué?

FERNANDO De asesinarle.

DANGLARS Asesinarle, ¡eso no! Pero la ausencia se-

para tanto como la muerte, y si conseguimos poner entre Edmundo y Mercedes los muros de una prisión, estarán tan separados, como si hubiera entre los dos la piedra de la tumba....

FERNANDO Tienes razón. Además el señor de Villefort prometió no descubrir quién era el denunciador.

DANGLARS No lo sabrá Edmundo, yo te lo prometo. ¿Y dió orden de que se le prendiera?

FERNANDO ¡El mismo en persona va a venir a buscarle!

DANGLARS Casi, casi estoy por asegurarte que llegarás a casarte con Mercedes. (Rumor de voces.) ¡Pero ya salen! Reunámonos con ellos, no sea que sospechen de nosotros.

FERNANDO No sé si podré contenerme.

DANGLARS ¡Eh! no pareces un hombre. Calma y resignación, que todo se arreglará. (Vanse.)

## ESCENA III

EDMUNDO, MERCEDES; después MOREL

EDMUNDO Ven aquí, Mercedes. Gracias a Dios que por fin se van a ver cumplidos nuestros deseos; ¡por fin vas a ser mi mujer!

MERCEDES Edmundo, ¡bendigo al cielo que nos ha concedido tanta felicidad! ¿Te has acordado mucho de mí?

EDMUNDO ¡Si me he acordado de ti! ¿Y en qué quieres que haya pensado? ¿No eres tú mi virgen de las tempestades? ¿No eres tú mi señora del amparo? Sí, noche y día, a cada instante. ¿Pero ves lo bueno que es el señor Morel para nosotros? Hoy he llegado, y quiere se efectúe nuestro matrimonio.

MERCEDES ¡Oh! yo le bendigo desde el fondo de mi alma. Pero aquí viene.

MOREL (Llegando.) ¡Hola, hola! ¡Los novios han desamparado el puesto! Muchachos, no darse tanta prisa, que para todo hay tiempo.

EDMUNDO Señor Morel, vos sois nuestro bienhechor.

MERCEDES Nuestro padre.

MOREL ¡Vaya! ¡vaya! no hay que hablar más de esa bagatela. Puesto que he conseguido la firma de mi asociado, y que ya sois capitán de *El Faraón,* veremos de que tengáis un interés más directo en nuestras especulaciones mercantiles.

EDMUNDO ¡Y os ocupáis de mí hasta ese punto!

MOREL ¡Y de qué te has ocupado desde hace diez meses que navegas por mi cuenta! Puesto que tú quieres hacerme rico, deber mío es hacerte feliz.

EDMUNDO ¡Mercedes, yo me vuelvo loco!

MOREL ¡Oh! eso sería cosa muy triste... ¡Eh! ¿quién llega? (Aparecen los gendarmes.)

MERCEDES ¡Dios mío! ¡Pero... qué es esto!

EDMUNDO ¡Gendarmes!

MERCEDES ¡Tengo miedo!

EDMUNDO ¿De qué?

MERCEDES ¡No sé... pero tengo miedo!

## ESCENA IV

Dichos, VILLEFORT, DANGLARS, FERNANDO y gendarmes

VILLEF. Guardad las puertas.

MOREL ¿Qué es esto? Me parece que venís equivocado, señor de Villefort.

VILLEF. Si vengo equivocado, señor Morel, podéis estar seguro que al instante será deshecha la equivocación; pero tengo que cumplir con mi deber. (Dirigiéndose a Edmundo.) ¿No os llamáis Edmundo Dantés?

EDMUNDO Sí, señor.

VILLEF. Edmundo Dantés, en nombre de la ley daos a prisión.

EDMUNDO ¿De qué se me acusa?
VILLEF. No tardaréis en saberlo.
MERCEDES ¡ Edmundo ! ¡ Edmundo !
EDMUNDO No temas nada, Mercedes ; soy inocente.
DANGLARS (A Fernando.) Se cumplió vuestro deseo.
FERNANDO (¡ Oh ! no se casará con ella.)
MOREL Esto es una equivocación, señor de Villefort. ¡ Arrestar al segundo de uno de mis buques !
VILLEF. Y no es eso todo, sino que el asunto es grave.
MERCEDES ¡ Ah ! ¡ Dios mío !
MOREL Bien se ve que no conocéis al acusado. Es el hombre más bueno, más probo. ¡ Ah ! no vacilo en decir que es uno de los mejores oficiales de la marina mercante.
VILLEF. No ignoráis que un hombre puede ser bueno en su vida privada, probo en las relaciones sociales, entendido en su oficio y no por eso deja de ser, políticamente hablando, un gran culpable.
MOREL Yo os ruego, señor de Villefort, que seáis justo como debéis serlo ; como siempre lo habéis sido ; no arrebatéis al pobre Edmundo a su prometida.
VILLEF. (A Mercedes.) ¿Sois vos?
MERCEDES Sí, señor ; y también os suplico...
VILLEF. No necesitáis suplicarme, señorita ; si es inocente, su inocencia le salvará ; pero si es culpable...
MOREL No lo es ; yo respondo de él, yo os juro...
VILLEF. Dentro de un cuarto de hora podréis saber con exactitud el estado del asunto. Por ahora, retiraos a esa estancia, y dejadme solo con el acusado.
EDMUNDO Tranquilízate, Mercedes.
MERCEDES ¡ Ay ! ¡ Edmundo, somos muy desgraciados ! (Vanse todos.)

## ESCENA V

VILLEFORT y EDMUNDO

VILLEF. (A los gendarmes.) Dejadnos solos. (Vanse.) ¿Cuál es vuestro nombre?

EDMUNDO Edmundo Dantés.

VILLEF. ¿Vuestra ocupación?

EDMUNDO Soy segundo a bordo del *Faraón,* buque de la propiedad del señor Morel.

VILLEF. ¿Habéis servido en tiempo del usurpador?

EDMUNDO No señor: únicamente cuando cayó iba a ser incorporado a la marina militar.

VILLEF. ¿Creo que vuestras opiniones políticas son muy exageradas?

EDMUNDO ¿Mis opiniones políticas? Rubor me causa el decirlo; nunca he tenido lo que se llama una opinión... mis opiniones se limitan a tres sentimientos: amo a mi padre, respeto al señor Morel y adoro a Mercedes. Esto es todo lo que puedo decir a la justicia.

VILLEF. ¿No tenéis ningún enemigo?

EDMUNDO ¿Yo enemigos? Tengo la suerte de ser muy poca cosa para que mi posición me los dé.

VILLEF. Pero a falta de enemigos, quizá tenéis personas que envidian vuestra posición. Habéis sido nombrado capitán, y ese es un puesto muy elevado; además os vais a casar con una mujer hermosa que os ama, y estas dos preferencias del destino, pueden haberos granjeado envidiosos.

EDMUNDO Tenéis razón: vos debéis conocer a los hombres mejor que yo.

VILLEF. El hombre debe procurar, sobre todo, ver claro a su alrededor. Leed.

EDMUNDO (Leyendo.) «Señor procurador del rey. Un amigo del trono y de la religión, os previene que Edmundo Dantés, segundo del

*Faraón,* buque que ha llegado esta mañana de Smirna, después de haber tocado en Nápoles y Porto-Ferrajo, tuvo encargo de Murat de llevar un mensaje al usurpador, y que el usurpador le dió una carta para el comité bonapartista de París. Podrá probarse su delito prendiéndole, porque se le encontrará la carta en sus bolsillos, en casa de su padre o en su cámara a bordo del *Faraón.*»

VILLEF. ¿Conocéis la letra?

EDMUNDO No señor.

VILLEF. Bien; responded con franqueza. ¿Qué hay de verdadero en esta acusación anónima?

EDMUNDO Al salir de Nápoles, el capitán Leclerc cayó enfermo de gravedad. Conociendo que iba a morir, me llamó y me dijo: «Mi querido Dantés, dadme palabra de hacer lo que os voy a decir; de su cumplimiento dependen los más altos destinos.» «Os la doy, mi capitán», le respondí. «Pues bien, prosiguió; como segundo, después de mi muerte, os pertenece el mando del navío; tomadle, dirigíos a la isla de Elba, haced escala en Porto-Ferrajo, preguntad allí por el gran mariscal, y dadle esta carta; tal vez entonces os darán otra con algún encargo: ese encargo, Dantés, que estaba reservado para mí, lo cumpliréis vos, y todo el honor será vuestro.»

VILLEF. Y vos ¿qué hicisteis?

EDMUNDO Mi deber, lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar. Hice rumbo a la isla de Elba, adonde llegué el día siguiente. Consigné a todos a bordo, y solamente yo salté a tierra. Vi al gran mariscal, me hizo algunas preguntas relativas a la muerte del desgraciado Lecrerc, y como éste me anunció, recibí una carta para París, con encargo de entregarla en propia mano. Esta es la verdad, por mi honor de ma-

rino, por mi amor a Mercedes y por la vida de mi padre.

VILLEF. Sí, sí: todo eso parece cierto; si sois culpable es de imprudencia, y aun esa imprudencia está legitimada por las órdenes de vuestro capitán. Entregadme la carta que recibisteis en la isla de Elba; dadme palabra de presentaros al primer requerimiento, y marchad a buscar a vuestros amigos.

EDMUNDO ¿Conque es decir que estoy libre?

VILLEF. Sí; pero dadme la carta.

EDMUNDO (Dándosela.) Tomad. ¡Ah! ¡qué reconocido os estoy!

VILLEF. ¡Qué veo! esta carta está dirigida...

EDMUNDO ¡Al señor Noirtier! Calle de Coq-Heron.

VILLEF. ¡Al señor Noirtier! (¡Mi padre!)

EDMUNDO ¿Le conocéis por ventura?

VILLEF. (Después de haber leído la carta.) Un fiel servidor del rey no conoce a los conspiradores.

EDMUNDO Pues qué, ¿se trata de una conspiración? En todo caso yo no conspiro. Ignoraba el contenido de esa carta.

VILLEF. Sí; pero sabéis el nombre de la persona a quien iba dirigida.

EDMUNDO Está en el sobre.

VILLEF. ¿Y no habéis enseñado esta carta a nadie?

EDMUNDO A nadie, señor; os lo juro.

VILLEF. ¿Conque nadie sabía que erais portador de una carta de la isla de Elba, dirigida al señor Noirtier?

EDMUNDO Unicamente quien me la dió, y el que debía recibirla.

VILLEF. ¿Habéis visto a Noirtier?

EDMUNDO No; después de mi boda iba a ponerme en camino para París.

VILLEF. Está bien. Escuchad: aunque de este interrogatorio resultan contra vos los mayores cargos, quiero ser bondadoso por todos conceptos. La principal culpa que

contra vos existe es esta carta, y ya veis qué uso hago de ella. (La rasga.)

EDMUNDO ¡Oh, señor... cómo agradecer!...

VILLEF. Me parece que podréis tener confianza en mí.

EDMUNDO Decidme lo que tengo que hacer.

VILLEF. Estáis en libertad; pero juradme que no volveréis a acordaros de esa carta.

EDMUNDO Lo juro.

VILLEF. ¿Era la única que teníais en vuestro poder?

EDMUNDO La única.

VILLEF. Basta. Podéis ir a reuniros con vuestros compañeros.

EDMUNDO ¡Gracias, gracias, señor! (Vase Edmundo.)

## ESCENA VI

VILLEFORT solo

VILLEF. ¡De lo que pende la vida y la fortuna! ¡Si esa denuncia no hubiera llegado a mis manos, estaba perdido y la conspiración descubierta! Más vale echar tierra sobre este asunto. Puedo estar seguro. Napoleón desembarcará dentro de tres días. Tal vez lo que iba a perderme, hará mi felicidad. (Se dirige al fondo.)

## ESCENA VII

VILLEFORT y DANGLARS

DANGLARS Dos palabras, señor de Villefort.

VILLEF. ¿Qué queréis? ¿Quién sois?

DANGLARS Un hombre a quien no conocéis, y que os puede servir mucho, o perjudicar mucho también.

VILLEF. ¿Qué queréis decir?

DANGLARS En primer lugar, habéis de saber que yo soy conspirador como vos.

VILLEF. ¡ Miserable !

DANGLARS Poco a poco ; al fin y al cabo vamos a quedar amigos, oíd : Vos habéis recibido una denuncia que acusaba a Edmundo Dantés...

VILLEF. Es cierto.

DANGLARS Vos habéis pedido a ese Dantés una carta que debía llevar a París. El os la ha entregado, y como esa carta os compromete, sin duda habéis querido que el asunto no pase adelante. ¡ Oh ! sois muy hábil, señor de Villefort.

VILLEF. ¿Y con qué derecho os atrevéis a sospechar?...

DANGLARS ¡ Si yo no sospecho, si estoy seguro !

VILLEF. ¿Qué decís?

DANGLARS Digo, que vos no habéis querido que esa carta llegue a manos del señor Noirtier, vuestro padre, porque vos sólo os bastáis para manejar la intriga, y tal vez otra denuncia a Edmundo desde aquí a París, cosa que en verdad no os conviene de ninguna manera.

VILLEF. Estáis loco. Dejadme en paz. Idos.

DANGLARS ¡ Hola ! ¡ Hola ! si no fuera cierto lo que digo, señor de Villefort, en lugar de despedirme me haríais prender. Pero como la carta no es la única prueba...

VILLEF. ¿No es la única?

DANGLARS Parece que ponéis más atención, ¿eh? No, señor, el capitán Lecrerc era un buen muerto, que no vió que me apoderé de sus papeles, entre los cuales estaba esta lista de conspiradores.

VILLEF. ¡ Cielos !

DANGLARS No me negaréis ahora que vos sois conspirador.

VILLEF. Bien ; pero ¿cuál es vuestro intento?

DANGLARS Mi intento es deciros que os puedo perder.

VILLEF. Ya lo sé... pero...

DANGLARS Pero vos podéis hacer de modo que redunde en provecho de ambos esta circunstancia.

VILLEF. ¿De qué modo? Hablad.

DANGLARS En primer lugar, habéis dado la libertad a Edmundo.

VILLEF. Es cierto.

DANGLARS. Mal hecho.

VILLEF. ¿Por qué?

DANGLARS Porque a mí no me conviene que ese hombre esté libre: vais a dar orden de que le prendan.

VILLEF. ¿Os atrevéis a imponerme órdenes?

DANGLARS Si lo tomáis de ese modo, este pliego llegará a manos de su majestad.

VILLEF. Se le prenderá.

DANGLARS Vais a mandar que le encierren.

VILLEF. En lugar seguro.

DANGLARS ¿Dónde?

VILLEF. En los calabozos del castillo de If.

DANGLARS Corriente.

VILLEF. ¿Es eso todo?

DANGLARS No; vos sois rico; es preciso que yo lo sea también. Para eso no quiero más sino que mi nombre vaya unido al vuestro en vuestras operaciones mercantiles.

VILLEF. Os lo prometo.

DANGLARS ¿Y Edmundo Dantés?

VILLEF. Edmundo Dantés será encerrado hoy mismo.

DANGLARS ¡Oh! ya sabía yo que habíamos de quedar amigos, señor de Villefort: reconocedme como a vuestro más humilde servidor. (Vase.)

## ESCENA VIII

VILLEFORT, solo. Después, gendarmes.

VILLEF. No hay remedio: Perezca el inocente; este es el único medio de salvarme. ¡Hola! (Aparecen los gendarmes.)

## ESCENA IX

Dichos, EDMUNDO, MERCEDES, MOREL y convidados. Después, FERNANDO

EDMUNDO Ven, Mercedes, ven a dar gracias a nuestro bienhechor.

MERCEDES Permitid, señor... (Arrodillándose.)

VILLEF. (A los gendarmes.) Apoderaos de ese hombre, conducidle al castillo de If, y encerradle en el más obscuro calabozo.

MERCEDES ¡ Gran Dios !

MOREL Mas, ved...

VILLEF. Nada tengo que ver. La ley es terminante, y con dolor me veo precisado a cumplirla.

EDMUNDO ¡ Señor de Villefort, sois un infame !

VILLEF. Silencio, o mando que os pongan una mordaza. (Se le llevan.)

MERCEDES ¡ Edmundo ! ¡ Edmundo ! yo no te abandono. ¡ Ah ! (Cae desmayada en brazos de Morel.)

MOREL ¡ Pobre hija mía !

FERNANDO (Que sale por la segunda puerta izquierda.) (¡ He triunfado !)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL PRÓLOGO

# ACTO PRIMERO

## El castillo de If

EDMUNDO DANTÉS, ABATE FARIA, EL CARCELERO, BAUTISTA y MÉDICO

El teatro está dividido horizontalmente: la división superior será la tercera parte de la embocadura y representa el llano o piso del castillo de If, con barandilla almenada en el fondo, que figure ser la continuación de muro que debe servir de fondo de los calabozos, cuyos cimientos se supone lamen el mar por la parte del fondo, o exterior.

La inferior, que será de las dos terceras partes restantes de la embocadura, está dividida perpendicularmente; cada división representa un calabozo: el de la derecha del espectador, es el de Edmundo: el de la izquierda, el de Faria; este último más capaz que el otro.

Al levantarse el telón, FARIA y EDMUNDO, tendidos en los lechos de sus calabozos respectivos; estos lechos estarán colocados de modo que las cabeceras den en el tabique que divide la decoración. En el calabozo de la derecha del actor, habrá una cama de madera con pies y tablado, jergón y manta de munición: con un banco empotrado en la pared; un cántaro con agua y un pedazo de pan de munición; un pucherito pequeño y partido, cuya parte inferior se supone contiene una grasa seca con mecha y que a su debido tiempo se enciende para proporcionar durante un buen rato, luz. En el calabozo de la izquierda, un tablado de madera en el suelo y un felpudo encima: la parte del cabezal, más alta; una manta de munición.

## ESCENA PRIMERA

FARIA y EDMUNDO; (éstos tendidos en sus camas.) EL CARCELERO, en el calabozo de Edmundo, de pie y con un cántaro de agua y un pedazo de pan de munición. El calabozo de Faria obscuro, el de Edmundo alumbrado por la linterna del carcelero, y cuando éste se marche queda completamente obscuro.

CARCELE. ¡Eh, amigo! ¿No quieres responder? Como gustes; aquí tienes pan y agua, ¿lo oyes? ¿No? Buenas noches, amigo. (Vase el carcelero, cierra la puerta, óyese el ruido del cerrojo que pasa y de la cerradura que cierra.)

## ESCENA II

Dichos, menos el Carcelero

EDMUNDO Amigo. ¡Cruel sarcasmo! Creyendo de buena fe en esa palabra, he preguntado mil veces qué crimen he cometido; y el silencio más cruel acompañado de una risa burlona, ha sido la sola contestación de esos hombres que así me llaman. Ante tal cinismo y crueldad, cuántas veces he pedido que me llevasen ante los jueces para que me sentenciaran a muerte si soy culpable, o que me pongan en libertad si inocente: ¡nada he conseguido! Inútilmente he suplicado. ¡Ah! ¡Cuánto sufrir! A no ser tú, Dios mío que has aplacado mi justa indignación colocando a mi lado al hombre más bueno, mi segundo padre, el cual con sus consejos hace que sea más llevadero mi infortunio, ya hubiera dejado de existir. ¡Oh, Faria! ¡cómo te respeto! ¡cómo te admiro! ¡cómo te venero! ¡Señor, tú que sabes la inocencia de los dos, no nos abandones en la obra que toca a su término! (En este mo-

mento, Faria se levanta un poco y aplica el oído al muro.) Hoy tarda más que los otros días en llamarme. (Levanta la manta que cubre la cama por la parte que mira al público, dejando al descubierto la abertura suficiente para pasar un hombre.) Me parece que ya se levanta. Esperemos. (Coge el pedazo de pan que le habrá dejado el carcelero y se lo come.)

FARIA ¡Sí, ya se alejan de este corredor! oigo los pasos que se pierden. (En el momento que intenta levantarse, cree sentirse los síntomas de un ataque. Se levanta y llama golpeando el tabique.) ¡Edmundo! ¡Pronto, hijo mío! ¡ven!

EDMUNDO Me pareció que... ¿llamáis, padre mío?

FARIA Sí, pasad, y encended luz. (Edmundo frota el hierro en el muro y se inflama un pedazo de mecha.)

EDMUNDO ¿Qué hora es?

FARIA Ya es más de media noche.

EDMUNDO Tenemos tiempo de huir antes de que amanezca.

FARIA Esperemos a la noche próxima.

EDMUNDO No, no; ni una hora más, ni un segundo más quiero pasar en este horrible calabozo. Pensadlo bien, ¡catorce años de cautiverio! ¡catorce años, padre mío!

FARIA ¡Calma, querido Edmundo, calma! y sobre todo bajad la voz, no seáis imprudente, y vamos a lo indispensable.

EDMUNDO Mandad.

FARIA Sentaos; y mientras no oigamos al centinela pasearse, pensemos lo que debemos hacer en cuanto nos veamos libres.

EDMUNDO No quiero saber más que el punto que señaléis para reunirme con vos, una vez haya indagado en Marsella lo que se ha hecho aquella Mercedes que adoraba y que adoro aún.

FARIA No olvidéis que Danglars fué el que escribió la denuncia y que Fernando Mondego el que la entregó, para de ese modo casarse con la que iba a hacer de vos el hombre más feliz.

EDMUNDO ¡Oh!

FARIA Y por último, ese Villefort, a pesar de vuestra inocencia, y ante el temor de que pudierais divulgar el nombre del conspirador, su padre, no puso reparo en dar crédito a la carta denuncia y encerrar en uno de los más obscuros y lóbregos calabozos del castillo de If, al más inocente de los jóvenes, perdiendo la protección del más bueno de los hombres, que había logrado hacer de vos uno de los pocos seres agradecidos con que cuenta la mísera humanidad.

EDMUNDO (Conmovido.) ¡Oh, padre mío! vuestras palabras son bálsamo bendito que cicatriza mi destrozado corazón, dándome al propio tiempo fuerza y vigor para llevar a término lo que falta de nuestra obra, y vengarme de los miserables y cobardes que se han valido de esas armas.

FARIA ¡Dantés! ¡Dantés! ¡pronto! ¡pronto! (Síntomas de un ataque.)

EDMUNDO ¿Qué es eso? ¿qué tenéis?

FARIA El acceso; ¡sí, lo conozco! ¡lo conozco!

EDMUNDO ¿Qué queréis decir?

FARIA Dantés; mira. (Dándole un papel.)

EDMUNDO ¿Qué es esto?

FARIA Esto, amigo mío, es mi tesoro, que desde hoy os pertenece.

EDMUNDO (¡Oh! ¡Dios mío! ya vuelve a su locura.)

FARIA Amigo mío, tranquilizaos, no estoy loco, no. Este tesoro existe, Dantés, y si yo no he podido poseerle, vos le poseeréis, vos. Nadie ha querido escucharme ni creerme porque se figuraban que estaba loco; pero vos que debéis saber mejor que nadie que no lo estoy, escuchadme y después creedme si queréis.

EDMUNDO Sí, sí; ya escucho.

FARIA Un día que estábamos hablando de Roma, ¿no os conté la historia de Alejandro VI y de César Borgia?

EDMUNDO Sí, lo recuerdo.

FARIA ¿Os conté esos extraños envenenamientos, por medio de los cuales los pontífices heredaban, de los cardenales que morían cerca de ellos?

EDMUNDO Sí, sí.

FARIA Pues bien, un día resolvieron heredar al cardenal Spada, uno de los más ricos de Roma. Le enviaron un mensajero para convidarle a comer. El cardenal respondió que aceptaba y pidió solamente permiso para pasar a un cuarto a tomar el breviario. Diez minutos después, salió con el breviario; un paje le invitó a que pasara al salón en donde estaba todo preparado para el banquete; éste acabó a las dos de la tarde, y a las tres espiraba el cardenal, sin haber podido decir a su ayuda de cámara más que estas palabras: «Dad este breviario a mi sobrino». Cuando el ayuda de cámara fué a cumplir el encargo, encontró al sobrino espirando. Los Borgias hacían las cosas en grande. Sin embargo, contra las esperanzas del papa, no se encontraron en los palacios, en las cuevas y en las tierras del cardenal Spada más que algunos millares de escudos y algunas alhajas de un valor no muy grande; pero nada de aquella inmensa riqueza que se le suponía. Como el cardenal no tenía más herederos que su sobrino, se vendió hasta el breviario. Yo he sido muy aficionado a libros, bien lo sabéis, querido Edmundo; aquel breviario histórico, después de trescientos años que viajaba por las bibliotecas, estaba en venta, y le compré. Un día que estaba cansado, me quedé dormido en mi despacho y no desperté hasta entrada la noche; estaba muy obscuro y no podía escribir sin luz. Aun quedaba fuego en la chimenea y enfrente tenía una vela: busqué entonces

un papel para encenderla, y me acordé de haber visto en el famoso breviario, un papel viejo: busqué a tientas aquella hoja inútil, la encontré, la retorcí, y presentándola a la llama moribunda, la encendí. Pero como si fuera magia, a medida que el fuego avanzaba, vi unos caracteres amarillentos que aparecían en el blanco papel. Entonces comprendí que había oculto algún misterio en él; apagué el fuego, encendí la bujía en la misma chimenea, desarrollé con indecible emoción la arrugada hoja, leí lo que había conservado y me convencí que... después de tres siglos, acababa de encontrar el verdadero, el solo, el único testamento del cardenal.

EDMUNDO ¡Gran Dios! pero ininteligible, inútil, incompleto, puesto que sólo existen las dos terceras partes de las líneas.

FARIA Sí, sí; pero a fuerza de trabajo he compuesto lo que falta. Escuchad: «Hoy, 25 de abril de 1498: Habiendo sido convidado a comer por Alejandro VI y temiendo que no contento con haberme hecho pagar mi posición, trate de heredarme y me reserve la suerte de los cardenales Caprara y Bentivoglio, que murieron envenenados, declaro a mi sobrino que he enterrado en las grutas de la isla de Montecristo todo lo que poseía en barras de oro y acuñado, piedras, diamantes, alhajas, y que en junto podrá ascender a cinco millones de escudos romanos, los que encontrará levantando la vigésima roca, empezando a contar desde la ensenada del Este en línea recta, cuyo tesoro le lego en toda propiedad como único heredero. César Spada.»

EDMUNDO ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿será cierto? ¿Pero cómo, vos mismo, no habéis inten-

tado?... (Empieza una tormenta lejana, que va aproximándose, y sin interrumpir la representación.)

FARIA Cuando iba a embarcarme en Liorna, para dirigirme a la isla de Montecristo, fuí preso como autor de la interesante obra acerca del poder real en Italia. Ten confianza, Dantés, porque el corazón me dice que lo que yo no he podido hacer, lo harás tú: conserva pues, aunque mezquinos en la forma, estos importantes documentos, que sin duda alguna tú serás el único que te aprovecharás de ese inmenso tesoro, pues yo ya no me siento con fuerzas para... (Le acomete el accidente.)

EDMUNDO ¡Padre mío! ¡padre! ¡Ah! ¡Oh! ¡y el frasquito apenas contiene algunas gotas!... ¡Padre mío! ¡Socorro! ¡Socorro!...

FARIA ¡No llames! ¡todo es inútil! Mira, en esta bolsa de cuero conserva estos papeles para cuando puedas escapar... Dantés... hijo mío... adiós... (Muere.)

EDMUNDO ¡Si habrán oído! ¡oigo pasos! ¡viene gente! ¡ocultémonos! (Pasa a su calabozo, apaga la luz y echa la manta.)

## ESCENA III

Dichos, CARCELERO y a poco BAUTISTA, con linternas

CARCELE. ¡Cuando yo lo decía! ¡el viejo había gritado! ¡Eh! ¡amigo! ¿qué querías? ¡no responde! ¡Calla! ¡está muerto! ¡Bautista! ¡Bautista! (Gritando.)

BAUTISTA ¿Qué quieres?

CARCELE. Ven aquí. Mira, ¡ha muerto! Le habrá dado el ataque, y... ¡Pobre hombre! ¡con todos sus millones tendrá los honores del saco por mortaja!

BAUTISTA Aquí le tienes.

CARCELE. Metámoslo dentro y daremos conocimien-

to de su muerte al señor gobernador y al médico.

BAUTISTA Tienes razón. Vamos. (Desaparecen los carceleros y cierran la puerta.)

## ESCENA IV

DANTÉS y FARIA, muerto.

EDMUNDO Ya se alejan : no hay nadie en ese calabozo. ¡ Partió solo ! ¡ Ah ! ¿ quién sabe si me depara la suerte salir de este calabozo como Faria ha salido? (Momento de lucha.) ¡ Oh ! ¡ qué rayo de luz ! ¡ Dios me inspira en este trance funesto ! Puesto que sólo los muertos salen de aquí, tomemos el lugar de los muertos. Sí, sí : es un aviso del cielo. (Saca a Faria del saco y lo lleva a su calabozo, colocándole en su cama y cubriéndole con la manta. Vuelve al calabozo de Faria.) Apoderémonos de este cuchillo y en cuanto me echen al agua abro el saco de arriba abajo y gano a nado la opuesta orilla. ¡ Oh ! ¡ no me abandones, Dios mío, en este supremo instante ! (Se mete en el saco. Mientras dura esta operación, relevan el centinela de los muros.)

## ESCENA V

FARIA muerto y oculto en el calabozo de Edmundo. EDMUNDO en el saco, ocupando el lugar de Faria. BAUTISTA y CARCELERO con linterna.)

BAUTISTA Despachemos pronto, porque la nochecita es de perlas.

CARCELE. Tienes razón ; no hay que perder tiempo. Al agua con él. (Vanse y aparecen seguidamente por la muralla.)

BAUTISTA ¡ Pesa más de lo que era de creer !

CARCELE. ¡Bah! Levanta con buen puño. ¡Aire!
(Zarandean el saco y lo arrojan al mar.)
BAUTISTA ¡Buen viaje!
CARCELE. ¡Buen viaje!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

Salón ricamente amueblado en casa de Montecristo.

## ESCENA PRIMERA

ALBERTO DE MORCEF y MAXIMILIANO MOREL

MORCEF (Entrando acompañado de Morel y hablando desde la puerta con un criado que figura estar entre bastidores.) No incomodarle. Decidle nada más, que esperaremos a que nos conceda audiencia.

MAXIMIL. Pero vamos a ver, Morcef, ¿se puede saber adónde me habéis traído?

MORCEF Os lo diré, mi querido amigo Morel. Pero vamos por partes. ¿Qué me decíais hace poco?

MAXIMIL. Que estaba fastidiado.

MORCEF ¿A causa de qué?

MAXIMIL. De unos malditos amores.

MORCEF Cabalmente. Y yo os he contestado : Queda a mi cargo el distraeros.

MAXIMIL. Pero ¿cómo pensáis distraerme?

MORCEF Haciéndoos contraer un conocimiento nuevo.

MAXIMIL. ¿De hombre o de mujer?

MORCEF De hombre.

MAXIMIL. Conozco ya demasiados.

MORCEF Pero no conocéis al hombre de que os hablo.

MAXIMIL. ¿De dónde viene? ¿Del fin del mundo?

MORCEF De más lejos, tal vez.

MAXIMIL. ¡Diantre! ¿Y cómo se llama?

MORCEF Tiene muchos nombres, pero aquel con que le conoce la sociedad es el de conde de Montecristo; el cual acaba de libertar milagrosamente y de un peligro cierto a la señora de Villefort, cuyos caballos se habían desbocado.

MAXIMIL. Montecristo es una isla de la que he oído hablar muchas veces a los marinos que empleaba mi padre; un grano de arena en medio del Mediterráneo: en fin, un átomo en el infinito.

MORCEF Exactamente. Pues bien, de ese grano de arena, de ese átomo, es señor y rey ese de quien os hablo, y posee además una caverna llena de oro. En fin, todo lo que se diga respecto al conde es increíble.

## ESCENA II

Dichos y MONTECRISTO; después BERTUCCIO

MONTEC. Muy buenos días, señores.

MORCEF ¡Querido conde! ¿supongo me permitiréis presentaros un buen amigo?

MONTEC. Todos vuestros amigos, señor de Morcef, serán siempre bien recibidos en mi casa.

MORCEF El señor Maximiliano Morel, capitán de *Spahis*. (El conde no puede reprimir un movimiento y adelanta un paso.) Uno de los más valientes y nobles corazones del ejército.

MONTEC. (A Morcef.) Os doy las gracias, querido vizconde, por haberme proporcionado la ocasión de presentar mis respetos al señor Maximiliano Morel.

MAXIMIL. Me confundís.

MORCEF A otra cosa he venido también, querido conde; venid a comer conmigo; seremos

pocos; vos, mi madre y yo solamente. Aun no habéis conocido a mi madre.

MONTEC. Me es imposible aceptar vuestra invitación, vizconde. Una cita importante...

(Morel se habrá sentado junto a una mesa leyendo un periódico.)

MORCEF Pues bien, asistiréis a lo menos a un baile que a mi padre se le ha ocurrido dar.

MONTEC. ¿Cuándo será el baile?

MORCEF El sábado.

MONTEC. Puedo estar ocupado.

MORCEF Cuando os haya dicho una cosa, creo que seréis tan amable que asistiréis.

MONTEC. Decid.

MORCEF Mi madre os lo suplica.

MONTEC. (Estremeciéndose.) Puesto que la señora de Morcef me lo suplica...

MORCEF ¡Tiene tantos deseos de hablar con vos!

MONTEC. ¿De veras?

MORCEF Palabra de honor. Yo os declaro que sois el primer hombre por quien haya manifestado curiosidad mi madre.

BERT. El señor barón Danglars.

MAXIMIL. (Dejando el periódico.) Tal vez molestamos al señor conde...

MONTEC. No por cierto; vos que sois de la casa, querido vizconde, id a enseñar al capitán Morel mi sala de armas. Veréis cosas curiosas.

MAXIMIL. Lo creo, y os anticipo mi parabién.

MORCEF Con vuestro permiso. Por aquí, Morcef. (Vanse.)

MONTEC. Que pase el señor barón. (A Bertuccio.)

## ESCENA III

MONTECRISTO y DANGLARS

DANGLARS ¿Es al señor de Montecristo a quien tengo el honor de hablar?

MONTEC. ¿Y yo al señor barón Danglars, caballero

de la Legión de honor, miembro de la Cámara de los diputados?

DANGLARS (Haciendo un gesto.) Dispensadme, caballero, si no os he dado el título bajo el cual sois conocido; pero bien lo sabéis, vivo en tiempo de un gobierno popular, y soy un representante de los intereses del pueblo.

MONTEC. ¿De modo que conservando la costumbre de haceros llamar barón, habéis perdido la de llamar a los otros conde?

DANGLARS Señor conde, he recibido una carta de aviso de la casa Thompson y French.

MONTEC. ¡Ah! ¡ya!

DANGLARS Pero os confieso que no he comprendido bien su sentido.

MONTEC. ¡Bah!

DANGLARS Y por esto he tenido el honor de presentarme en vuestra casa, para pediros explicaciones.

MONTEC. Pues bien, señor barón, os escucho, y estoy dispuesto a responderos.

DANGLARS Esta carta... Creo que la tengo aquí; sí, aquí está en efecto. Esta carta abre al señor conde de Montecristo un crédito ilimitado sobre mi casa.

MONTEC. Y bien, señor barón, ¿qué hay para vos en eso de incomprensible?

DANGLARS Nada, caballero; pero la palabra ilimitado...

MONTEC. ¿Qué? ¿Acaso no entendéis esa palabra? ¿Por ventura la casa Thompson y French no está perfectamente segura en vuestro concepto?

DANGLARS ¡Oh! completamente segura. (Con importancia y con sonrisa burlona.) Pero el sentido de la palabra ilimitado, en punto a los negocios mercantiles, es tan vago...

MONTEC. Pero señor barón, el motivo de haber pedido un crédito ilimitado sobre vos, es porque no sabía justamente qué suma necesitaba.

DANGLARS ¡Oh, caballero! (Con fatuidad.) No tengáis

reparo en desear, porque pronto os convenceréis de que el caudal de la casa Danglars, por limitado que sea, puede satisfacer las mayores exigencias; y aunque pidieseis un millón...

MONTEC. (Admirado.) ¿Cuánto?

DANGLARS (Con impaciencia.) He dicho un millón.

MONTEC. ¡Pardiez! Si no hubiese necesitado más que un millón, no me hubiera hecho abrir en vuestra casa un crédito por semejante miseria. ¡Un millón! Yo siempre llevo un millón en mi cartera o en mi neceser de viaje. (Abre su cartera y muestra dos billetes de Banco.) Vamos, confesadme francamente, que desconfiáis de la casa Thompson y French. He previsto el caso, y aunque poco entendedor en esta clase de asuntos, tomé mis precauciones, como veréis en estas dos cartas.

DANGLARS ¡Oh! Aquí tenéis tres firmas que valen bastantes millones; tres créditos ilimitados sobre nuestras tres casas. Os pido mil perdones, señor conde; pero al dejar mi natural desconfianza, no puedo menos de quedarme asombrado...

## ESCENA IV

Dichos y BERTUCCIO

BERT. Un anciano y una joven acaban de llegar en busca del señor barón Danglars.

DANGLARS ¿En mi busca?

BERT. No habiendo encontrado en su casa al señor barón, se han dirigido aquí, donde se les dijo podían hallarle.

DANGLARS ¿Os han dicho su nombre?

BERT. El señor Morel, armador, de Marsella, y su hija la señorita Julia.

DANGLARS (A Montecristo.) ¡Ah! un pobre hombre a

quien sus calaveradas han arruinado, y que recurre a mí para salir del apuro.

MONTEC. Os dejo solo para que podáis recibirle a vuestro gusto. Estáis en vuestra casa, señor barón, y puesto que nos hemos entendido, porque nos entendimos, ¿no es así?

DANGLARS Perfectamente.

MONTEC. Pues bien, ya que nos entendemos, hacedme el favor de mandarme quinientos mil francos mañana por la mañana.

DANGLARS El dinero estará aquí mañana a las diez. Adiós, señor conde.

MONTEC. Adiós, señor barón.

DANGLARS Que pasen. (A Bertuccio.)

## ESCENA V

DANGLARS, MOREL padre, y JULIA

MOREL Señor Danglars, vengo de vuestra casa.

DANGLARS Lo sé.

MOREL Acabo de llegar de Marsella, y como me interesaba veros, no he vacilado en presentarme aquí, acompañado de mi hija, cuando me han dicho que no estabais en casa.

DANGLARS ¿Y qué deseáis de mí, señor Morel?

MOREL Ya sabréis tal vez que mis negocios no se hallan en muy buen estado... La fatalidad parece que se ha decidido a jugar conmigo, y he experimentado últimamente pérdidas irreparables. Me quedaba un recurso, el último. Pues bien, mi viejo *Faraón* ha naufragado para colmo de desgracias.

DANGLARS De modo que...

MOREL De modo que vos sois en la actualidad, señor Danglars...

DANGLARS Querido señor Morel, veo que os olvidáis con mucha facilidad que soy barón; no

porque yo haga caso de semejante título, sino... ya veis... es cosa...

MOREL (Sorprendido.) ¡Ah!

DANGLARS Decíais pues...

MOREL Decía, señor barón, que vos sois en la actualidad mi último recurso. Luego la casa Thompson y French, de Roma, no sé con qué objeto ha hecho comprar todos los créditos existentes sobre la casa de Morel. Sé que tiene un apoderado en París, el cual no se me ha presentado todavía. Sois millonario, tenéis crédito, una firma vuestra puede darme el honor que estoy a pique de perder; hacedlo, señor barón, hacedlo por nuestra antigua amistad, por vuestro antiguo protector.

DANGLARS Mucho siento no poder complaceros, señor Morel; pero no os ocultaré, que sin dejar de hacer honor a vuestra probidad irreprensible, la voz pública dice que no os halláis en estado de pagar los créditos que se os presenten.

MOREL Señor barón, hasta el día, ninguna letra firmada por Morel ha sido presentada a la caja, que no se haya satisfecho en el acto.

DANGLARS Ya, pero bien conocéis...

MOREL ¿Conque rehusáis?

JULIA Señor barón; si de algo pueden valer las súplicas de una pobre mujer, concededle este favor a mi padre. Pensad que con vuestra firma dais a mi padre el honor, la vida misma, porque no podrá soportar semejante golpe.

DANGLARS Señorita, os aseguro que siento en el alma no poder acceder a vuestra solicitud. Por lo demás, ya sabéis, señor Morel, que en todo lo que pueda seros útil, me tenéis a vuestra disposición. Ahora os suplicaré me dispenséis si os dejo precipitadamente; pero tengo que pronunciar un discurso en la Cámara de los diputados, y

ya veis, no es cosa de hacer esperar. Señor Morel, estoy a vuestras órdenes. Señorita... (Se va.)

## ESCENA VI

MOREL, JULIA y a poco MONTECRISTO

JULIA ¡Padre mío!

MOREL ¡Hija mía! ya lo ves; creía poder contar con ese hombre; con ese hombre que todo me lo debe; pero había olvidado que en la prosperidad los hombres no se acuerdan de sus bienhechores. Hemos hecho un viaje inútil, hija mía; infructuoso como todo lo que he intentado.

MONTEC. (Apareciendo en el umbral de la puerta.) Tal vez no.

MOR. Y JUL. ¡Ah!

MOREL Dispensad, caballero, mi sorpresa, y el grito que involuntariamente se me ha escapado; pero así de pronto, al oir vuestra voz, al veros aparecer tan repentinamente, había creído reconocer en vos a un hombre... que ha muerto ya... pero cuyo recuerdo no se aparta de mi imaginación. ¿Sería indiscreto, si os preguntara a quién tengo el honor de hablar?

MONTEC. Soy el conde de Montecristo.

MOREL Entonces debéis dispensarme doblemente, señor conde, puesto que me he tomado la libertad de presentarme en vuestra casa sin ser invitado.

MONTEC. Os habéis adelantado a mis esperanzas, pues a saber vuestra llegada a París, os hubiera reclamado el honor de una entrevista.

MOREL ¿Cómo?

MONTEC. Soy el apoderado de la casa Thompson y French de Roma.

MOREL ¡Ah!

MONTEC. Esta casa tiene que pagar en Francia algunos miles de francos y conociendo vuestra rigurosa exactitud ha reunido todo el papel firmado por vos, que ha podido encontrar, y me ha dado el encargo de cobrarlo de vuestra casa de Marsella, a medida que sus plazos vayan venciendo.

MOREL ¿Conque tenéis letras firmadas por mí?

MONTEC. Y por una suma bastante considerable. (Sacando una cartera y de ella algunas letras.)

MOREL Pues bien, señor conde, todo esto contaba pagar, si uno de mis buques, el *Faraón,* que salió de Calcuta el cinco de febrero, hubiera llegado al puerto de Marsella; pero...

MONTEC. Pero el *Faraón* ha naufragado, ¿no es esto?

MOREL Sí, señor; y cruel es decirlo... acostumbrado ya a la desgracia, preciso es también que me acostumbre a la deshonra... creo que me veré obligado a suspender mis pagos.

MONTEC. ¿Y no tenéis amigos que puedan ayudaros en esta circunstancia?

MOREL En los negocios no se tienen amigos, no se tienen más que corresponsales.

MONTEC. Veo que os ha sobrevenido una desgracia inmerecida y esto me afirma más y más en el deseo que tenía de seros útil.

MOREL ¡Oh! caballero...

MONTEC. Veamos; yo soy uno de vuestros principales acreedores; ¿no es verdad?

MOREL Sois, a lo menos, quien posee los créditos que deben vencer más pronto.

MONTEC. ¿Deseáis un plazo para pagarme?

MOREL Un plazo podría salvarme el honor, y por consiguiente la vida.

MONTEC. ¿Cuánto tiempo queréis?

MOREL Dos meses.

MONTEC. Os concedo tres.

MOREL ¿Y creéis que la casa Thompson y French?...

MONTEC. Perded cuidado, caballero; yo cargo con la responsabilidad. Estamos a cinco de junio, ¿eh?

MOREL Sí.

MONTEC. Pues bien; dadme un billete de doscientos ochenta y siete mil francos, pagadero el 5 de septiembre... y el 5 de septiembre, a las once de la mañana, me presentaré en vuestra casa. (Rasga los billetes.)

MOREL Caballero...

MONTEC. ¿Decíais?...

MOREL ¿Qué habéis hecho?

MONTEC. Ninguna necesidad tengo de todos esos papelotes, puesto que me vais a dar un solo título.

MOREL Pero todavía no le tenéis.

MONTEC. ¿Qué importa, si tengo otra cosa mejor? Tengo vuestra palabra.

MOREL (Después de escribir.) Aquí tenéis el billete.

MONTEC. El día 5 de septiembre, a las once...

MOREL Os esperaré, y el mismo día recibiréis el dinero o la noticia de mi muerte.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

Un salón adornado con lujo, y que figura ser antesala de un salón de baile. Es de noche. Los criados acaban de enceder las luces. En el fondo, la puerta que da al salón de baile. A la derecha, la puerta del aposento del conde Morcef. A la izquierda, la puerta que comunica con las demás habitaciones.

## ESCENA PRIMERA

UN CRIADO y MOREL

CRIADO Por aquí, caballero.

MOREL Me parece que hay aquí una fiesta, y creía que la persona que había preguntado por mí...

## ESCENA II

Dichos y MERCEDES

MERCEDES Yo soy esa persona.

MOREL Señora...

MERCEDES (Al criado.) Dejadnos solos. (Vase el criado.) ¿Me conocéis, señor Morel?

MOREL Señora... procuro recordar... Me parece que he tenido ya el honor... pero confieso...

MERCEDES Miradme bien.

MOREL Repito...

MERCEDES Soy Mercedes.

MOREL Mercedes...

MERCEDES Sí, señor, Mercedes la Catalana.

MOREL ¡Imposible!

MERCEDES ¿Me encontráis, pues, muy cambiada, muy envejecida?...

MOREL Al contrario, señora... sois joven... y, a lo que parece, rica y dichosa.

MERCEDES Rica, sí, sèñor Morel ...pero sentaos, os lo suplico.

MOREL Señora...

MERCEDES ¡Oh! Me haréis creer que no encontráis placer en volverme a ver, y que estáis impaciente por marcharos.

MOREL Os engañaríais doblemente creyendo eso. ¿Pero me permitiréis que os dirija algunas preguntas?

MERCEDES Con mucho gusto, señor Morel.

MOREL La carta que he recibido estaba firmada por la señora condesa de Morcef.

MERCEDES Soy yo.

MOREL ¿Vos? Me parece un sueño...

MERCEDES Que voy a explicaros. Fernando, ya lo sabéis, partió como soldado en 1816 y volvió a Francia con el grado de general que su majestad tuvo a bien confiarle, y al cual añadió el título de conde. Por eso, señor Morel, la carta que habéis recibido, estaba firmada por la señora de Morcef, y no por Mercedes la Catalana.

MOREL Os confieso, señora, que he tenido una gran satisfacción en volver a ver, antes de partir nuevamente a Marsella, a la Mercedes que tan buenos recuerdos había dejado en mi memoria.

MERCEDES (Tristemente.) Acabáis de pronunciar la palabra Marsella, y esta palabra trae a la mía el recuerdo de otras personas que he conocido... en esa ciudad.

MOREL Sí, comprendo, os acordáis de...

MERCEDES Dispensadme, señor Morel. Habiendo si-

do para mí demasiado indulgente como amante, no me juzguéis demasiado severamente como mujer.

MOREL Os juzgaría severamente, por el contrario, señora, si hubierais olvidado...

MERCEDES ¡No, no; no he olvidado, señor Morel, no! y ahora os confesaré una cosa, y es, mi deseo al pediros una entrevista...

MOREL Sí, sí; comprendo.

MERCEDES ¿Y bien?

MOREL ¡Ah! señora...

MERCEDES ¿Ninguna nueva?

MOREL Ninguna.

MERCEDES ¿Y no ha vuelto a parecer por Marsella?

MOREL Un día corrió la voz que había muerto, y muerto de una manera extraña y singular..

MERCEDES Lo sé.

MOREL Catorce años, señora; catorce años estuvo enterrado en vida en el castillo de If.

MERCEDES ¡Infeliz! (Ocultándose el rostro con ambas manos.)

MOREL ¿No es cierto que fué muy infeliz... señora?

MERCEDES ¡Sí, sí; murió! ¿Cómo podría ser otra cosa? Y sin embargo, no hace muchos días en la ópera, fué una fascinación... fué un sueño... No, no, no puede ser.

MOREL ¿Qué decís, señora?

MERCEDES Escuchad, señor Morel; yo no puedo acostumbrarme a la idea de que el pobre Edmundo haya muerto; Dios me es testigo; sin embargo, de que se le hubiera creído vivo, nada en el mundo me hubiera determinado a ser la esposa de otro. Quería deciros, que si algún día llegáis a saber que ambos hemos sido engañados... que si llegara un día en que compareciese en Marsella, o que vos supieseis, en fin, que existía en un lugar cualquiera del mundo... cuento con vos, señor Morel, para escribirme esta única palabra: «Vive».

MOREL Señora, lo haré al instante.

MERCEDES Gracias... Y quizá entonces seré más desgraciada... pero estaré al menos más tranquila.

MOREL No tengo necesidad de deciros, señora, que si por casualidad volvéis alguna vez a Marsella...

MERCEDES ¡Oh! señor Morel, no se vuelve tan fácilmente al sitio donde se han experimentado semejantes dolores.

MOREL Hay una casa en la calle de Meilhan...

MERCEDES ¿Donde iríamos en romería?...

MOREL Nosotros dos solos, ¿no es verdad?

## ESCENA III

Dichos y FERNANDO, presentándose sin haber sido visto.

FERNANDO ¿Y por qué no los tres? Dantés era amigo mío; bien lo sabéis, señora.

MOREL Señor conde...

FERNANDO Me alegro de veros, señor Morel, porque siempre se ve con gusto a un antiguo amigo. ¿Os quedáis al baile?

MOREL Gracias, señor conde. Había venido sólo...

FERNANDO Por invitación de la condesa... Yo soy quien la he suplicado que os escribiera. A menudo hablamos del pobre Dantés, y... desearía por cierto saber de él alguna nueva.

MOREL Señor conde, la señora me hacía el honor de decir, en el momento en que habéis entrado, que aguardaba gente, y yo la suplicaba se sirviera dispensarme. Parto mañana.

FERNANDO Está bien, señor Morel. La condesa y yo pensamos ir a Marsella dentro de algún tiempo. ¿Permitiréis que os hagamos una visita?

MOREL Será un gran honor para mí... Señor conde... Señora condesa... (Saluda y se va.)

## ESCENA IV

FERNANDO y MERCEDES

FERNANDO ¿Conque nunca olvidaréis a ese hombre, señora?

MERCEDES ¿Os he prometido alguna vez olvidarle?

FERNANDO No; bien lo sé; pero por respeto al nombre que lleváis, debiérais no participar a los extraños el secreto de vuestro amor.

MERCEDES El señor Morel no es un extraño para mí; era el segundo padre de aquél...

FERNANDO De aquel a quien vos amabais. Decidlo por fin.

MERCEDES De aquel a quien amaba... De aquel con quien debía casarme. Nada era más puro que ese amor, y nadie tiene derecho de reconvenirme.

FERNANDO Callaos, señora; viene gente.

## ESCENA V

Dichos, MORCEF y MONTECRISTO

MORCEF ¡Padre mío! tengo el honor de presentaros al señor conde de Montecristo.

FERNANDO Mucho placer recibo en ver a este caballero; ha hecho a nuestra casa, conservándole su único heredero, un servicio que excitará eternamente nuestro reconocimiento. (Mercedes se apoya en una mesa para no caer. El conde de Montecristo, sólo ha contestado a Fernando con un caballeroso saludo.)

MORCEF ¡Ah! ¡Dios mío! ¿qué tenéis, madre mía? ¿Os sentís mala?

FERNANDO Os habéis puesto pálida; ¿qué tenéis?

MERCEDES No, no es nada; he experimentado alguna emoción al ver por primera vez a la persona sin cuya intervención estaríamos en este momento sumergidos en lá-

grimas y amargura. Caballero, os debo la vida de un hijo y os bendigo por este beneficio.

MONTEC. Señora, me recompensáis con demasiada generosidad por una acción muy sencilla: salvar a un hombre, ahorrar tormentos a un padre y a una madre, esto no es sólo una buena obra; es un acto de humanidad.

MERCEDES Mucha felicidad es para mi hijo el teneros por amigo, y doy gracias a Dios que lo ha dispuesto todo así.

CRIADO El señor de Villefort.

FERNANDO Que pase al salón. (A Montecristo.) Me dispensaréis, señor conde, si os dejo un momento con la condesa. Voy a recibir a nuestros convidados.

MORCEF. Os dejo con mi madre; podréis hablar de vuestros viajes; puedo aseguraros que en ello tiene un verdadero placer. Señor conde... (Saluda y vase.)

## ESCENA VI

MERCEDES y MONTECRISTO

(Ambos permanecen un instante silenciosos; Mercedes hace indicación al conde de que se siente.)

MERCEDES ¿No habéis estado nunca en París, señor conde?

MONTEC. Nunca, señora.

MERCEDES Entonces es no poco honor para mí ser la primera que os recibe en su casa, y que os presenta a la sociedad con el hermoso título de salvador de mi hijo. (En este momento atraviesa un criado el salón con una bandeja de dulces y frutas.)

MERCEDES (Al criado.) Dejad eso encima de la mesa. (Acercándose y tomando una manzana. Al conde.) Tomad, señor conde, tomad. Las frutas de Francia no son comparables, bien lo sé,

a las de Sicilia y Chipre; mas espero que seréis indulgente con nuestro pobre sol del norte. (El conde se inclina y no la admite.) ¿La despreciáis?

MONTEC. Os suplico que me dispenséis; no como nunca fruta. (Mercedes deja la manzana y toma un dulce.)

MERCEDES Tomad, pues, este dulce. (El conde hace ademán negativo.) Señor conde; hay una tierna costumbre árabe que hace eternamente amigos a los que han comido juntos el pan y la sal bajo un mismo techo.

MONTEC. La conozco, señora; pero estamos en Francia, y no en Arabia; y en Francia nada significan el pan y la sal, si bien es verdad que tampoco hay una amistad eterna.

MERCEDES (Fijando la vista en Montecristo.) Pero, en fin, somos amigos, ¿no es verdad?

MONTEC. (Dejando escapar un movimiento, pero reprimiéndose y con indiferencia.) ¿Por qué no lo hemos de ser?

MERCEDES (Tristemente.) Gracias. Mi hijo me ha contado cosas extraordinarias de vuestros viajes. (Mudando de tono para variar la conversación.) ¿Es cierto que tanto habéis visto y viajado y que tanto habéis sufrido?

MONTEC. Mucho he sufrido, señora.

MERCEDES ¿Y sois ahora feliz?

MONTEC. Soy feliz porque nadie oye mis quejas...

MERCEDES ¿No estáis casado?

MONTEC. ¡Casado yo?...

MERCEDES ¿Conque vivís solo?

MONTEC. Solo.

MERCEDES ¿No tenéis, hermano... padre?...

MONTEC. No tengo a nadie en el mundo.

MERCEDES ¿Cómo podéis vivir así?... ¿sin nada que os haga apreciar la vida?

MONTEC. No es culpa mía, señora. Amé en Malta a una joven, e iba a casarme, cuando sobrevino la guerra, y me llevó lejos de ella como un torbellino. Había yo creído que

me amaría bastante para esperarme, para serme fiel aun después de la muerte. Cuando volví, estaba casada. Tal es la historia de todo hombre que ha pasado por la edad de veinte años; quizá tengo yo el corazón más débil que otro cualquiera, y he sufrido más de lo que otro hubiera sufrido en mi lugar.

MERCEDES Sí, lo comprendo; y... ¿Habéis vuelto a ver a esa mujer?

MONTEC. Nunca.

MERCEDES ¿Nunca?

MONTEC. No he vuelto al país donde ella estaba.

MERCEDES ¿A Malta?

MONTEC. Sí, a Malta.

MERCEDES ¿Luego ella está... en Malta?

MONTEC. Creo que sí.

MERCEDES ¿Y la habéis perdonado lo que os ha hecho sufrir?

MONTEC. (Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y con sangre fría.) ¿Yo? ¿Por qué los he de aborrecer?

## ESCENA VII

Dichos, FERNANDO

FERNANDO Señora, en el salón se extraña vuestra ausencia.

MERCEDES Ahora íbamos allí. (A Montecristo.) Dadme el brazo, señor conde. (Vanse.)

FERNANDO ¡Dios mío! creo que me vuelvo loco... ¡Esa revelación!... ¡esa revelación!... ¡herirme así, como un rayo, en mitad de un baile!... ¡Oh! ¡qué amarga es la deshonra! (Sentándose en una silla y sacándose un periódico del bolsillo. Leyendo.) «El oficial francés, al servicio de Alí, bajá de Janina, de quien hablaba hace tres semanas *El Im-*

*parcial,* y que no solamente vendió el castillo de Janina, sino que entregó a los turcos a su bienhechor, se llama el conde Morcef, y es miembro de la Cámara de los pares.» (Estrujando el periódico en sus manos.) ¡Oh! ¡fatalidad! Pero ¿quién ha impulsado eso? ¡Dios mío! ¿De dónde viene ese tiro? ¿Quién es el hombre vil y cobarde que ha hecho escribir eso en un periódico, para deshonrarme a los ojos de la Europa entera? ¿Quién es el hombre cuyo ojo perspicaz y certero ha podido penetrar en mi pasado, arrancando esa página horrible de mi vida...? ¡Oh! Viene gente... no quiero ver a nadie, a nadie; necesito estar solo. (Entra en una habitación de la derecha.)

## ESCENA VIII

MONTECRISTO

MONTEC. Sí; ¡huye, aléjate! busca de tu casa el rincón más solitario; escóndete en él con tus remordimientos; no evitarás tampoco que llegue a tus oídos, como eco de venganza, la indignada murmuración que en estos momentos produce la estampada revelación de todas tus bajezas, traiciones y que en forma de folletín, yo mismo he hecho repartir en tus salones. ¡Dios me ha inspirado! ¡justo es tu castigo al empezar mi venganza! ¡reptil miserable! que me robaste lo que yo más quería en este mundo, vas a encontrarte frente a frente del hombre que arranca la máscara que encubre tanta monstruosidad y que a la faz de Francia, que te colmó de honores, arroja las pruebas de tu traición. ¡Dantés! se aproxima el momento por tantos años deseado; salga de una

vez toda la hiel aglomerada en tu corazón, y con la sonrisa en los labios, ve a confundirte un momento más entre esa turba de aduladores que se humillan ante esos infames Danglars y Villeforts, mientras la Providencia, con sus inexorables fallos, decreta el castigo de los traidores y cuyo ejecutor manda el tribunal de Dios sea el conde de Montecristo.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

# ACTO CUARTO

Rico salón, profusamente iluminado.

## ESCENA PRIMERA

MERCEDES y MORCEF

MERCEDES ¿Qué tienes, Alberto, hijo mío? Estás pálido... No sé; esta noche me parece que nadie está aquí contento; reina en todos los semblantes una tristeza, un aire de inquietud, ¿qué sé yo? Como si hubiera sobrevenido una gran desgracia.

MORCEF Es que, en efecto, ha sobrevenido una gran desgracia, madre mía. (Sacando un periódico del bolsillo.) Leed.

MERCEDES ¡Oh!

MORCEF ¿Qué decís, señora?

MERCEDES ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MORCEF Madre mía, ¿conocéis algún enemigo del señor de Morcef?

MERCEDES Hijo mío, las personas que ocupan la posición del conde, tienen muchos enemigos, a quienes no conocen, y éstos, como sabes, son los más terribles.

MORCEF Dicen los maldicientes, si el tal escrito es del conde de Montecristo.

MERCEDES ¿El conde de Montecristo nuestro enemigo? ¡Alberto! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Y

por qué? ¿Estás loco? Montecristo nos ha manifestado la mayor amistad: te ha salvado la vida, y tú mismo me lo has presentado. Pero dí: ¿dónde está tu padre? ¿Dónde está el conde?

MORCEF En su gabinete tal vez, puesto que ha abandonado el salón en cuanto ha leído el periódico.

MERCEDES ¡Oh! voy a verle.

## ESCENA II

MORCEF, queda solo un momento y pensativo, en el proscenio, mientras que Mercedes se ha marchado por la derecha. MONTECRISTO y MAXIMILIANO, que llegan del salón.

MONTEC. Magnífico baile; el señor conde de Morcef se ha portado... Buenas noches, Alberto: ¿cómo es que no os he visto en el salón?

MORCEF Porque os andaba buscando.

MONTEC. ¿A mí?...

MORCEF Sí; y por cierto que temía que os ocultaseis.

MONTEC. ¡Ocultarme yo! ¿A qué viene esa chanza?

MORCEF Mi objeto no es el de chancearme, señor conde. Es, por el contrario, el de pediros una explicación.

MONTEC. ¡Una explicación en un baile! Aunque poco familiarizado con las costumbres de París, no me parece que sea este sitio el más a propósito para pedir explicaciones.

MORCEF Cuando uno teme que las personas se oculten, es preciso dirigirse a ellas dondequiera que se las encuentre.

MONTEC. Van ya dos veces que me habéis hablado de ocultarme, y creo que esto es por vuestra parte una impertinencia, pues si mal no recuerdo, ayer estuvisteis en mi casa.

MORCEF Ayer estuve en vuestra casa, porque ignoraba quién erais.

MONTEC. ¿Habéis perdido el juicio, señor de Morcef?

MORCEF Señor conde... (Sacando un guante y tratando de arrojarlo al conde, al propio tiempo que Maximiliano se adelanta y le impide la acción cogiéndole de la mano.)

MAXIMIL. ¡Alberto! ¡querido amigo! ¿estáis en vos?

MONTEC. (Adelantándose y cogiendo el guante de entre las manos de Maximiliano.) Caballero, tengo por arrojado vuestro guante, y tendré el honor de enviároslo envuelto en una bala. (Saluda a Alberto y se dirige hacia el foro.)

MORCEF Muy bien; voy por mis padrinos. (Vase.)

## ESCENA III

MONTECRISTO y MAXIMILIANO

MAXIMIL. ¿Qué le habéis hecho?

MONTEC. Yo, nada.

MAXIMIL. ¿Y qué haréis de él?

MONTEC. ¿De quién?

MAXIMIL. De Alberto.

MONTEC. De Alberto ¿qué es lo que haré? Tan cierto como estáis aquí y aprieto vuestra mano, le mataré mañana antes de las diez: eso es lo que haré. Ahora, Morel, cuento con vos, ¿no es verdad?

MAXIMIL. Ciertamente, y podéis disponer de mí, conde; sin embargo...

MONTEC. ¿Tendríais, acaso, deseos de rehusar?

MAXIMIL. En manera alguna.

MONTEC. Ahora, os suplico tratéis cuanto antes de avistaros con los testigos que haya elegido para el duelo, a fin de que se verifique mañana mismo. Advirtiéndoos que aceptaré cualesquiera condición, y de pa-

so os ruego me enviéis esta noche un recado, indicándome las armas y la hora.

MAXIMIL. Está bien. (Vase.)

## ESCENA IV

MONTECRISTO, en seguida MERCEDES

MONTEC. Se va completando mi obra; toco el fin de mi carrera. Dios ayuda a la buena causa.

MERCEDES (Que sale de la derecha, se dirige hacia Montecristo y se inclina ante él como si quisera arrodillarse.) ¡Edmundo! ¡Edmundo! no matéis a mi hijo.

MONTEC. ¿Qué nombre habéis pronunciado, señora de Morcef?

MERCEDES El vuestro, el vuestro, que únicamente yo no he olvidado. Edmundo, no es la señora de Morcef la que os habla, es Mercedes.

MONTEC. Mercedes murió, señora, y no conozco ya ninguna de ese nombre.

MERCEDES Mercedes vive, y Mercedes no ha tenido necesidad de adivinar de dónde ha salido el tiro que ha herido al señor de Morcef.

MONTEC. Fernando, querréis decir, señora; puesto que nos acordamos de nuestros nombres propios, que sea de todos.

MERCEDES En vuestro sarcasmo, Edmundo, conozco que no me había engañado, y os suplico que no matéis a mi hijo.

MONTEC. ¿Y quién os ha dicho, señora, que yo quiero hacer daño a vuestro hijo?

MERCEDES La escena que ha tenido lugar aquí, y que he presenciado desde aquella puerta.

MONTEC. Entonces, puesto que lo habéis visto todo, habréis visto también que el hijo de Fernando me ha insultado públicamente.

MERCEDES ¡Oh, por piedad!

MONTEC. Habréis visto que me hubiera arrojado el

guante a la cara, si uno de mis amigos, el señor Morel, no le hubiese detenido el brazo.

MERCEDES Escuchadme: mi hijo todo lo ha adivinado, y os atribuye las desgracias de su padre.

MONTEC. Señora, os equivocáis, no son desgracias, es un castigo; no he sido yo, ha sido la Providencia quien ha castigado al señor de Morcef.

MERCEDES ¡Ah! terrible venganza por una falta que me ha hecho cometer la fatalidad, porque la culpable soy yo, Edmundo, y si queríais vengaros, debió ser de mí, que no tuve fuerzas para soportar la ausencia y mi soledad.

MONTEC. ¿Pero por qué estaba yo ausente y vos sola?

MERCEDES Porque estabais detenido, Edmundo, porque estabais preso.

MONTEC. ¿Y por qué estaba yo preso?

MERCEDES Lo ignoro.

MONTEC. Sí, vos lo ignoráis, señora, así lo creo; pero voy a decíroslo. Me prendieron porque en la víspera del día en que iba a casarme con vos, un hombre llamado Danglars escribió esta carta, que el pescador Fernando se encargó de entregar al procurador del rey. (Sacando de la cartera un papel que entrega a Mercedes.)

MERCEDES (Leyendo.) ¿Esta carta?

MONTEC. Me ha costado doscientos mil francos el poseerla; pero poco es esto, puesto que hoy me permite disculparme a vuestros ojos.

MERCEDES ¿Y el resultado de esta carta?

MONTEC. Lo sabéis, señora; fué mi prisión; pero ignoráis el tiempo que duró, ignoráis que permanecí catorce años preso en un calabozo del castillo de If; ignoráis que cada día, durante estos catorce años, he renovado el juramento de venganza que hice

el primero de ellos, y con todo no sabía que os hubieseis casado con Fernando, mi denunciador, y que mi padre hubiese muerto de hambre.

MERCEDES ¡Santo Dios!

MONTEC. Pero lo supe al salir de mi prisión; y por Mercedes viva, y por mi padre muerto, juré vengarme de Fernando, y me vengo. (Pausa.)

MERCEDES ¿Y estáis seguro que el desgraciado Fernando ha hecho eso?

MONTEC. Por mi vida que lo ha hecho, como os lo digo, señora. Y luego, ¿qué tiene eso de extraño para el hombre que se pasa a los ingleses siendo francés por adopción? ¿Para el hombre que siendo español de nacimiento, hace la guerra a los españoles; para el estipendiario de Alí, que le vende y le asesina traidoramente? Pues bien, los franceses no se han vengado del traidor; los españoles no le han fusilado; Alí, desde su tumba, vé sin castigo al asesino; pero yo, engañado, asesinado, enterrado vivo en una tumba, he salido de ella, gracias a Dios; a él debo venganza, me envía para eso, y heme aquí, señora, heme aquí.

MERCEDES ¡Perdonad, Edmundo! ¡perdonad por Mercedes!

MONTEC. ¿Que no destruya a esa raza maldita? ¿Que desobedezca a Dios, que me ha sostenido para su castigo? ¡Imposible, condesa de Morcef! ¡Imposible! Os lo repito, señora; preciso es que me vengue, y me vengaré.

MERCEDES Vengaos, Edmundo; vengaos sobre los culpables, sobre él, sobre mí; pero no sobre mi hijo.

MONTEC. Está escrito sobre un libro santo, señora: las faltas de los padres, caerán sobre sus hijos hasta la tercera y cuarta generaciones.

MERCEDES ¡Edmundo! ¡Edmundo! Desde que os conozco, he adorado vuestro nombre, respetado vuestra memoria. ¡Oh! no borréis la noble y pura imagen que tengo en mi corazón; porque yo también, Edmundo, creedme, yo también, por criminal que sea, he sufrido mucho.

MONTEC. ¿Habéis perdido vuestro padre estando ausente? ¿Habéis visto a la mujer que amabais dar su mano a vuestro rival, mientras estabais en un hondo calabozo?

MERCEDES No, no; pero he visto al que amaba pronto a ser el matador de mi hijo.

MONTEC. ¿Qué me pedís? ¿Que vuestro hijo viva? Pues bien; vivirá.

MERCEDES Habéis dicho que mi hijo vivirá; vivirá, ¿no es verdad?

MONTEC. Vivirá, señora.

MERCEDES Edmundo, nada tengo ya que pedir al cielo: os he vuelto a ver, y os hallo tan noble y grande como otras veces. Adiós, Edmundo; adiós, y gracias. (Vase.)

MONTEC. Fuí un insensato en no haberme arrancado el corazón el día que juré vengarme.

## ESCENA V

MONTECRISTO y MORCEF

MORCEF Caballero, acabo de oirlo todo: mi madre me había encargado que escuchara vuestra conversación y como de antemano sabía yo cuál sería vuestra respuesta, había apelado a mi corazón para el desenlace. Os he provocado, señor conde, porque habéis divulgado la conducta del señor de Morcef en Epiro; por culpable que fuese mi padre, no os creía a vos con derecho para castigarle; pero hoy sé que tenéis ese derecho. No es la traición de Fernando Mondego con Alí bajá lo que

me hace disculpar vuestra conducta; es, sí, la traición del pescador Fernando con vos y las desgracias inauditas que os produjo; a mi pesar conozco que tenéis razón para vengaros de mi padre.

MONTEC. Admito las excusas que acabáis de darme, Alberto: sois un hijo noble, y un caballero pundonoroso. (Alberto se va.) ¡Siempre la Providencia! ¡Ah! Desde hoy sí que creo ciertamente ser el enviado de Dios.

## ESCENA VI

MONTECRISTO y FERNANDO

(Fernando sale de la izquierda y llama a Montecristo al momento que éste va a salir por la derecha.)

FERNANDO ¡Señor conde de Montecristo!

MONTEC. ¡Ah! ¡es el señor de Morcef!

FERNANDO Habéis tenido esta noche un lance con mi hijo, caballero.

MONTEC. ¿Sabéis eso?

FERNANDO Y sé que mi hijo tenía excelentes razones para batirse con vos y hacer cuanto pudiera para mataros.

MONTEC. Las tendría, no digo que no; pero vos no sabéis que a pesar de ellas, no sólo no me matará, sino que ni aun se batirá.

FERNANDO ¿A qué atribuir semejante conducta?

MONTEC. A la convicción de que había en este asunto un hombre más culpable que yo.

FERNANDO ¿Y quién es ese hombre?

MONTEC. Su padre.

FERNANDO Sea; ¿pero sabéis que a nadie gusta el verse convencido de culpabilidad?

MONTEC. Lo sé, y por eso esperaba lo que sucede en este momento.

FERNANDO ¿Esperabais que mi hijo fuera un cobarde?

MONTEC. Alberto de Morcef no es un cobarde.

FERNANDO Un hombre que tiene una espada en la mano, que ante su punta ve a un enemigo mortal, y no se bate, es un cobarde. ¡Ah! ¿por qué no está aquí para poder decírselo?

MONTEC. Caballero, no pienso que hayáis venido a contarme vuestros negocios de familia: id a decir eso a Alberto, que él sabrá contestaros.

FERNANDO No, no; tenéis razón: no he venido para eso; he venido para deciros que puesto que los jóvenes de este siglo no se baten, debemos batirnos nosotros... ¿Sois de mi opinión?

MONTEC. Perfectamente.

FERNANDO Partamos, no tenemos necesidad de testigos.

MONTEC. En efecto, es inútil; nos conocemos muy bien.

FERNANDO Al contrario; yo creo que no nos conocemos.

MONTEC. (Desdeñosamente.) ¡Bah! ¿no sois vos el soldado Fernando, que desertó la víspera de la batalla de Waterlóo? ¿El teniente Fernando que sirvió de guía y espía al ejército francés en España? ¿El capitán Fernando que vendió y asesinó a su bienhechor Alí? Y todos estos Fernandos reunidos ¿no son hoy el teniente general, conde de Morcef, par de Francia?

FERNANDO ¡Oh! miserable, que me echas en cara mis faltas, en el momento en que quizás vas a matarme, hay más honor en mí, en medio de mi oprobio, que en ti bajo ese pomposo aspecto. Tu nombre es lo que pido, el verdadero de tus cien nombres, a fin de poderlo pronunciar sobre el terreno del combate, en el momento en que clave mi espada en tu corazón.

MONTEC. Fernando: de mis cien nombres, basta uno sólo para herirte como el rayo; pero éste lo adivinas, o por lo menos te acuer-

das de él, porque a pesar de mis penas, de mis martirios, te enseño hoy un rostro que la dicha de la venganza rejuvenece: ¡Edmundo Dantés, Fernando! ¡Edmundo Dantés! ¿Te acuerdas ahora?

FERNANDO (Retrocediendo pálido y azorado hasta la puerta de su cuarto y precipitándose en él.) ¡Edmundo Dantés! ¡Oh! ¡justicia de Dios!

MONTEC. (Luego que Fernando ha desaparecido.) Ahora empieza mi venganza. Sí, tú lo has dicho: ¡Justicia de Dios!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

# ACTO QUINTO

La escena en Marsella, en el gabinete de Morel.

## ESCENA PRIMERA

JULIA y MOREL

JULIA ¡Ah! Gracias a Dios, padre mío. ¡Con cuánta impaciencia te aguardaba! Dí: ¿Has sido más venturoso que la vez que te acompañé? ¿No contestas? ¿Acaso no tienes confianza en tu hija?...

MOREL Tengo confianza en ti, pobre hija mía, cuando hay buenas nuevas que participarte; pero ¿a qué comunicarte mis esperanzas, cuando mis esperanzas se cambian en angustias y dolores?

JULIA Pero en fin, ¿ese viaje?

MOREL Inútil. Y hoy es el cinco de septiembre, y son las diez de la mañana, y...

JULIA ¿Dónde vas padre mío?

MOREL A mi gabinete.

JULIA ¿A qué?

MOREL Voy a buscar un papel que me hace falta, hija mía.

JULIA ¿Quieres que vaya a buscártelo?

MOREL No, gracias.

## ESCENA II

JULIA; en seguida MAXIMILIANO

JULIA — Algo hay de extraño en la manera cómo me habla hoy mi padre. (Dirigiéndose a la puerta por donde ha salido Morel. y mirando.) ¡Se pone a escribir!... Me oprime el corazón una idea cruel... Afortunadamente he escrito a Maximiliano que viniera, y no puede tardar. ¡Ah! ¡ahí está; bien decía yo!

MAXIMIL. — ¡Julia! ¡querida Julia! ¿Qué sucede hoy en esta casa?

JULIA — ¿Qué sucede preguntas, Maximiliano? Sucede que hoy es el cinco de septiembre, que hoy es el día que vence el plazo de una fuerte suma, y que mi padre no tiene con qué pagar.

MAXIMIL. — ¡Dios mío! ¡Ah! Toma esta carta que, al entrar, un desconocido ha puesto en mi mano encargándome que no sea abierta más que por ti sola.

JULIA — ¿Por mí sola? Quizá una esperanza... ¡Oh! a ver... a ver... (Leyendo la carta.) «Idos sin pérdida de tiempo a la calle de Meilhan, entrad en la casa número quince, y pedid al portero la llave del quinto piso; subid a la habitación, tomad un bolsillo que hallaréis sobre el mármol de la chimenea, y llevadlo a vuestro padre. Es importante que tenga este bolsillo antes de las once. Si se presentara otra persona que no fuerais vos, o si fuerais acompañada, el portero contestará que no sabe de lo que se le habla.» Sin firma.

MAXIMIL. — ¿Piensas ir adonde dice esa carta?

JULIA — Ciertamente.

MAXIMIL. — Te acompañaré.

JULIA — ¿No has oído? «Si se presentara otra persona que no fueseis vos, o si fueseis acom-

pañada, el portero contestará que no sabe de qué se le habla.»

MAXIMIL. Vé, pues, y que Dios te guíe, hermana mía. (Vanse los dos.)

## ESCENA III

MOREL; en seguida DANGLARS

MOREL (Que se adelanta cabizbajo, y se sienta en un sillón.) Tengo escrito ya mi testamento. Dios me perdone mi suicidio; pero es el único medio que puede salvar mi honor. (Danglars aparece en la puerta, pálido, muy envejecido... en desorden los cabellos y cubierto de harapos.) ¿Quién anda ahí?... (Volviéndose.) ¿Un mendigo?

DANGLARS Sí, un mendigo, señor Morel.

MOREL Esa voz... ¿Quién sois?

DANGLARS Hace tres meses me llamaban el barón Danglars.

MOREL ¡Danglars! ¡Ah! sí, ya me acuerdo; me dijeron también que os habíais vuelto loco...

DANGLARS Poco ha faltado. Oíd mi historia, señor Morel. Había salido de París con cinco millones, resto de mi fortuna que desapareció como un soplo, cual si una mano invisible me la hubiera ido poco a poco arrebatando. Al llegar a las inmediaciones de Roma, caí prisionero en manos de unos bandidos cuyo jefe era un tal Luis Vampa; sin robarme nada me llevaron a una cueva, me sepultaron en ella, y en seguida parecieron haberse olvidado de mí. Á las veinticuatro horas sentí el aguijón del hambre; llamé; se me presentó un bandido; le pedí pan y agua, y me exigió en cambio un millón. ¡Un millón! ¿Comprendéis, señor Morel? Creí que se chanceaba, y dije que quería ver al jefe. Se presentó éste. —¿Cuánto queréis por mi

rescate? — le pregunté. —Nada más que los cinco millones que lleváis. —No poseo más que esto en el mundo, — le contesté. —Si me lo quitáis, quitadme la vida.— Nos está prohibido el verter vuestra sangre,—me dijo entonces. —¿Y por quién? —Por el que nos manda, — me contestó. —¿Obedecéis a alguno? —Sí, a un superior. —¡Creía que vos lo erais!—dije.— Soy el jefe de estos hombres, — me dijo, —pero otro es el mío. —Y ese jefe ¿obedece a alguno? —Sí. —¿A quién? —A Dios, — me dijo solemnemente. Confiésoos, señor Morel, que no lo comprendí. Tanto como me fué posible, resistí el hambre devoradora que en mí se despertaba; pero por fin, postrado, sediento, dí un millón en cambio del cual me dieron pan y agua. Al día siguiente otro millón por otro pedazo de pan. A los tres días lo mismo. Cinco pedazos de pan y cinco vasos de agua me costaron cinco millones.

MOREL ¡Infeliz!

DANGLARS ¡Sí, tenéis razón, infeliz! ¡muy infeliz por cierto! Cuando me hubieron quitado mi fortuna, me sacaron de aquella maldita cueva dejándome en mitad del camino. Yo no sé de qué manera he venido. Sólo sé que estoy hambriento y que pido limosna.

MOREL Señor Danglars, pobre y miserable como estáis, no tardaréis en abandonar la casa en que os habéis refugiado. Esta es mi mano, la mano de un amigo leal y verdadero.

DANGLARS Os vengáis, noblemente. No hace mucho tiempo, que habiendo acudido vos a mí, sólo tuvieron mis labios palabras de humillación y desprecio. ¡Oh! es una noble venganza la vuestra, señor Morel.

MOREL He olvidado ya lo que queréis recordar.

Aguardadme aquí. Vendré pronto a despedirme de vos.

DANGLARS ¿A despediros? ¿Os vais pues?

MOREL Sí.

DANGLARS ¿Será largo vuestro viaje?

MOREL Muy largo.

DANGLARS ¿Adónde vais?

MOREL A la eternidad. (Vase.)

## ESCENA IV

DANGLARS; MONTECRISTO en seguida

DANGLARS ¿Qué querrá decir? ¡Oh! he padecido tanto, que casi no puedo ya compadecer. Ayer... Ayer era millonario, nadaba en oro y en la abundancia, y hoy... Hoy pido limosna. (Montecristo aparece en la puerta.) Decontador a banquero, de banquero a mendigo... ¡Dios mío! Iluminad mi corazón, decidme ¿quién me ha robado mi fortuna; quién me ha precipitado en el abismo en que me encuentro?

MONTEC. (Adelantándose.) Yo, caballero.

DANGLARS ¡El señor conde de Montecristo!

MONTEC. El mismo, señor barón. Vengo a aclarar algunos puntos y algunas épocas de vuestra vida, que deben pareceros obscuros. ¿No pedíais a Dios que os dijera el nombre del que os ha precipitado en el abismo, del que ha hecho de vos, banquero y diputado, un mendigo y pordiosero, del que ha trocado en miseria vuestra grandeza, en harapos vuestro oro? Pues bien, yo os lo diré.

DANGLARS ¡Vos!

MONTEC. Yo. Hace dos meses, una noticia falsa comunicada por telégrafo, os hizo perder dos millones en la baja. Se dijo que un hombre había comprado al encargado del telégrafo. Ese hombre fuí yo.

DANGLARS ¡Vos!

MONTEC. Sin saber cómo, ni por qué, sin que nadie pudiera sospecharlo, quebró la casa Franz y Volmand de Francfort, envolviéndoos en su quiebra por una suma considerable. Yo fuí quien por medio de una arriesgada operación hice quebrar la indicada casa.

DANGLARS ¡Vos!

MONTEC. Yo soy, en fin, el superior a quien os dijeron que obedecían los bandidos de Vampa.

DANGLARS Pero ¿quién sois, Dios mío? ¿Qué fatalidad os ha lanzado en mitad de mi camino? ¿De quién habéis recibido órdenes y poder para variar el curso de mi estrella?

MONTEC. De Dios.

DANGLARS ¡Dios! ¡Siempre Dios! conde de Montecristo...

MONTEC. Os equivocáis, no soy el conde de Montecristo. Mirad mejor y más lejos.

DANGLARS ¿Quién sois pues? ¡decid!

MONTEC. Soy el que habéis vendido condenándome a mí también a morir del mismo modo; soy en fin, el espectro de un desgraciado que sepultasteis en el castillo de If, espectro salido de la tumba, al que Dios ha puesto la máscara de conde de Montecristo y le ha cubierto de oro y diamantes para que no le reconozcáis hoy. Soy en fin...

DANGLARS ¡Ah! lo sé, lo sé ya, no pronunciéis ese nombre. Ese nombre me asesina.

MONTEC. ¡Soy Edmundo Dantés! ¡Para los demás una venganza vulgar, la muerte; para vos, causa de todos mis males, lo que es más horrible que la muerte, la locura!

DANGLARS (Cae de rodillas como herido por un rayo; pero no tarda en levantarse delirando; desencajado el rostro, perdida la razón.) ¡Dantés!... ¿Dónde está Dantés? Quiero verle, quiero hablarle... ¡Ah! ¡En

el castillo de If! Tanto mejor, así no será capitán del *Faraón*. (Corriendo precipitadamente y saliendo de la escena.) ¡Edmundo! ¿Dónde está Edmundo? ¡Ah! A bordo tiene una carta del usurpador... Corramos a bordo... ¡Edmundo!... (Vase.)

MONTEC. (Cruzado de brazos y mirando partir a Danglars.) Ya he dado cima a mi empresa. (Vase.)

## ESCENA V

MOREL; en seguida MAXIMILIANO

MOREL (Con una caja de pistolas que deja encima de la mesa.) No está ya Danglars. Se habrá cansado de esperar. Derrame Dios sobre su cabeza la felicidad que a mí me roba. Acabemos. (Abre la caja y saca un par de pistolas. Maximiliano, que entra en aquel instante, se le acerca silenciosamente.)

MAXIMIL. Padre mío, ¿esas pistolas?

MOREL (¡Mi hijo! sólo me faltaba este último golpe.)

MAXIMIL. ¡Esas armas, padre mío! En nombre del cielo, ¿para qué queríais esas armas?

MOREL (Levantando la cabeza y mirando a su hijo.) Maximiliano, eres hombre, y hombre de honor... Voy a decírtelo. (Abriendo un libro de caja.) Mira.

MAXIMIL. ¿Qué?

MOREL Dentro de media hora tengo que pagar trescientos mil francos... sólo hay en caja quince mil. Nada tengo que añadir.

MAXIMIL. ¿Y habéis hecho cuanto os ha sido posible, padre mío, para evitar esta desgracia?

MOREL Sí.

MAXIMIL. ¿Ningún dinero debe entrar en caja?

MOREL Ninguno.

MAXIMIL ¿Habéis apurado todos vuestros recursos?
MOREL Todos.
MAXIMIL. ¿Y dentro de media hora queda deshonrado nuestro nombre?
MOREL La sangre lava el honor.
MAXIMIL. ¡Padre!
MOREL La casa Thompson y French es la única que ha tenido consideración conmigo. Sea, pues, reembolsada esa casa la primera, hijo mío; séate sagrado ese nombre.

## ESCENA VI

Dichos y JULIA

JULIA (Entrando apresurada. ¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Estáis salvado!
MOREL ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué? ¿Qué hay?
JULIA ¡Esta bolsa! ¡Esta bolsa!... ¡Mirad!
MOREL ¡Mi letra pagada!... ¡Un diamante!... «Dote de Julia» ¿Qué quiere decir esto? Veamos, hija mía... Explícate... ¿Dónde has encontrado esta bolsa?
JULIA En la casa número quince de la calle de Meilhan. En el quinto piso... Encima del mármol de la chimenea...
MOREL ¡Era la habitación del viejo Dantés!...
JULIA Tomad, leed.
MOREL ¿Qué es esto?
JULIA Una carta que un desconocido ha dejado en casa esta mañana.
MOREL (Leyendo.) «Idos sin pérdida de tiempo a la calle de Meilhan; entrad en el número quince, y pedid al portero la llave del quinto piso. Subid a la habitación, tomad un bolsillo que hallaréis sobre el mármol

de la chimenea, y llevadlo a vuestro padre; es importante que lo tenga antes de las once.»

MAXIMIL. (Interrumpiéndole.) ¡Padre mío! ¡Padre mío! ¿No me dijiste que el *Faraón* había naufragado?

MOREL ¡Ay! demasiado cierto por mi desgracia.

MAXIMIL. Os engañáis; el *Faraón* está entrando en el puerto.

MOREL ¿Estás loco?

MAXIMIL. No, señor, no; mirad, desde esta ventana podréis verlo. (Todos se acercan a la ventana.)

MOREL La gente se agrupa en el muelle... En efecto, un buque está entrando a toda vela... es enteramente nuevo... *El Faraón, Morel e hijos, de Marsella...* (Toma un anteojo.) Pero ¿cómo puede ser esto? ¿Qué ángel salvador me liberta de una muerte inevitable?

## ESCENA ÚLTIMA

Dichos y MONTECRISTO

MONTEC. Edmundo Dantés.

MOREL (Asombrado.) ¡El conde de Montecristo!

MONTEC. Para los infames que tan vilmente me han atormentado, que con tanta crueldad me han perseguido, he sido el conde de Montecristo; para vos, mi bienhechor, mi segundo padre, siempre soy Edmundo Dantés. (Arroja la capa o paletot que le cubría y descubre el traje de marino que llevó en la primera parte.)

TODOS ¡Edmundo Dantés!

MOREL (Abrazando a Edmundo y a sus hijos.) ¡Hijos! ¡Hijos míos!

MONTEC. ¡Padre mío! Creo haber cumplido lo que

debía. Exterminio a los infames; gratitud y reconocimiento para los buenos.

MOREL ¡Ah! ¡Bendito seas, Edmundo; bendito seas!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA

# TEATRO MUNDIAL

**Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA**

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El nido ajeno
El Rey
Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
La viuda alegre
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S. Martín
El desdén con el desdén
Cuento inmoral
Amor de amar
La dama de las camelias
La domadora de leones
Los dos sargentos franceses
El Místico
García del Castañar
La fierecilla domada
El honor
El sí de las niñas
María Antonieta
El Conde Montecristo

3 0112 115884089

Precio: DOS pesetas